**El Pueblo de Jeremías**

En los primeros días soleados de primavera, en un pequeño poblado rodeado de colinas verdes y campos dorados, nació Jeremías. Desde su infancia, demostró una habilidad excepcional para conectar con la gente. Su carisma y empatía, rara combinación incluso para un niño, lo hicieron querido y respetado por todos en la comunidad. Las risas de Jeremías resonaban en las calles del pueblo, y su espíritu amigable se volvió una luz brillante en la vida de aquellos que lo rodeaban.

A medida que crecía, Jeremías se destacaba no solo por su amabilidad, sino también por su astucia y habilidad para resolver problemas. Cuando surgían desafíos en el pueblo, él estaba siempre presente para ofrecer una mano amiga o una solución ingeniosa. La gente empezó a mirar hacia él de forma natural cuando las cosas se ponían difíciles.

La verdadera prueba para Jeremías llegó a la edad de 12 años, cuando una sequía implacable azotó el pueblo. Los cultivos se marchitaron, los ríos se secaron, y la tierra parecía perder toda su vitalidad. La hambruna se apoderó de la población, y muchas vidas se perdieron antes que asumiera el papel de líder.

Con su corazón compasivo y mente resuelta, propuso una solución audaz: dirigirse hacia las cercanías del gran río Fernam. Convocó a una reunión en la plaza central, donde compartió su visión de un lugar donde el agua no sería un bien escaso. Aunque la idea fue recibida con entusiasmo, surgieron desacuerdos sobre la forma de abordar esta travesía y cómo asegurarían el bienestar de todos.

Después de intensos debates y días de reflexión, el pueblo decidió seguir su liderazgo y emprender la travesía hacia el río Fernam. La partida fue un evento emocionante y lleno de

esperanza. Aunque desconocido, el camino estaba pavimentado por la confianza en Jeremías y la unidad del pueblo.

Al llegar a las cercanías del río Fernam, el pueblo se enfrentó a nuevos desafíos. La construcción de pozos y sistemas de riego demandaba esfuerzo y coordinación. Jeremías lideró con el ejemplo, trabajando codo a codo con sus ciudadanos bajo el sol inclemente. La unidad se convirtió en la fuerza impulsora que les permitió superar la sequía y ver renacer la esperanza en sus rostros.

El líder emergente no solo se preocupó por las necesidades básicas, sino que también fomentó el espíritu de comunidad. Organizó eventos y festivales para elevar el ánimo de la gente, recordándoles que estaban en esto juntos. El pueblo, ahora revitalizado, comenzó a florecer gracias a su visión y liderazgo.

No obstante, la paz recién encontrada se vio amenazada cuando, temprano en una mañana tranquila, Jeremías fue despertado por un fuerte olor a huevo podrido. Un proyectil impactó en su rostro. Indignado, se dispuso a descubrir a los responsables. Tras una breve búsqueda, encontró a un grupo de personas que eran notablemente diferentes a los habitantes de su pueblo. Estas personas vivían bajo la tierra y lanzaban huevos fétidos en un intento de proteger su antiguo hogar.

En lugar de responder con ira, decidió convocar una reunión entre ambos grupos. Con su habilidad para escuchar y su visión de unión, propuso que aquellos que vivían bajo tierra se unieran al pueblo, compartieran sus habilidades y vivieran en armonía. La propuesta fue aceptada, y los ataques cesaron.

Los años pasaron, y el adulto Jeremías, se convirtió en un líder venerado. Su sabiduría y compasión guiaron al pueblo hacia una era de prosperidad y solidaridad. Los cultivos florecieron, las casas se expandieron y la risa volvió a llenar las calles.

Tras 60 años de liderazgo, Jeremías sintió que era el momento de pasar la antorcha a las generaciones futuras. Falleció pacíficamente, dejando a su hijo a cargo del pueblo que él había formado y visto crecer. Su legado perduró, recordándoles a todos que el verdadero liderazgo reside en la capacidad de inspirar y unir a las personas para superar desafíos juntos.

La historia de Jeremías se convirtió en un cuento transmitido de generación en generación, recordando a todos que, en la unidad, encontramos la fuerza para enfrentar cualquier adversidad y construir un futuro mejor para todos. Cada rincón del pueblo llevaba la huella de Jeremías, y su espíritu vivía en cada sonrisa y en cada acto de solidaridad.

**Jerson Rodolfo Albornoz Molina**

**Complejo Educacional Juan Schleyer**

**Freire**